



LA NEGACION DE S. PEDRO.

los dramas. En un hombre justo, por el contrario, escitarán su sensibilidad y le inspirarán horror y compasión al malvado y odio al mismo crimen.

No estamos ya en una época, es preciso confesarlo, en que los hombres se espantan con visiones, la misma realidad es difícil que los asombre. No es este el siglo, y acaso ninguno lo ha sido, en que el castigo atroz del delincuente pueda retraernos de cometer un crimen. Las penas mas rigorosas las vemos sufrir muchas veces con serenidad; su impresion, en la clase que mas moralidad conserva, es fuerte pero no muy duradera: los tormentos del reo en el patibulo escitan y conmueven en gran manera nuestra sensibilidad pero no nos retraen del vicio y ciertamente que no es hoy cuando mas ejecuciones efectivas presenciamos.

Cuando una fatal necesidad, cuando una pasión que vista al principio con indiferencia fomentada despues insensiblemente ha tomado gran incremento, cuando un acceso violento, nos precipita á cometer un crimen, no meditamos antes en sus funestas consecuencias ni paramos un solo momento la atencion en la prohibi-

cion de la ley ni en su sancion penal, solo deseamos satisfacer nuestra necesidad, llenar nuestro deseo, ó acaso nada queremos por que no somos dueños de nosotros mismos. Predicamos la virtud, declamamos contra el vicio y mientras así hablamos, pensamos y quizá nos deleitamos con el mismo crimen que impugnamos; formamos nuestro plan para irlo á ejecutar hollando la virtud que precisamente estamos encomiando. Y en todo esto ningun participio pueden tener los dramas.

Los males que cometemos son independientes de las sensaciones que nos hacen experimentar los dramas y baste para nuestro convencimiento la sencilla reflexion de que las clases mas corrompidas, las mas criminales en la sociedad no son las que con mas frecuencia concurren á los teatros, al mismo tiempo que las mas morigeradas son las que reciben una mejor educacion, advirtiendo por conclusion que una de las mas corrompidas que asiste diariamente al teatro, no goza de la representacion distraida con otros objetos que parece son de su mayor interes.

CARLOS M. SAAVEDRA.

LA NEGACION DE SAN PEDRO.

Antequam gallus cantet ter me negabis.

Con siniestro rumor zumbando el viento
Alza de polvo tormentosa nube
Que en curso arrebatado, negra sube
Hasta perderse allá en el firmamento.
Los opacos destellos de la luna
No apacible tristeza, miedo imprimen
Iluminando de Salen la frente
Manchada ya con execrable crimen.

Del Pontifice inicuo en el palacio,
Entre turba furiosa y sanguinaria,
Aguarda manso el hijo del Eterno
Fiera sentencia, que con rábia impia
Fulminarán contra el criador del dia
Las negras potestades del infierno.
Nadie consuela su mortal angustia,
Nadie le tiende compasiva mano;
Todos le befan y su rostro hieren...
Tu sangre, hijo de Dios, tu sangre quieren,
Y mientras, salvas al linage humano.

TOM. I.

De ardiente hoguera la rojiza llama
Del viento el soplo, chispeando inclina,
Y mas viva se inflama,
Y el atrio y sus columnas suntuosas
Con lividos destellos ilumina.
En torno de la lumbre se calientan
El soldado feroz de torvo ceño
Cubierta la cabeza en férreo casco,
Del pontifice siervos numerosos;
Y tambien Pedro está, yerto de frio
Escuchando los gritos estruendosos
En que prorumpe el populacho impio.

Pedro, el Señor cuyo abrasado aliento
Puede á pavesas reducir el mundo,
Yace agobiado por dolor profundo,
Demanda compasión.
Una muger á Pedro se le acerca

45

Y curiosa en su faz los ojos clava;
—Tambien este hombre con Jesus estaba,—
"Y Pedro lo negó.,,

El que enjugó amoroso el triste llanto
De la viuda infeliz y del mendigo,
Entre ansiedad mortal busca un amigo
Que calme su afliccion.

"Estaba con Jesus., otra voz dice,
Y señalan á Pedro con el dedo;
Amigo desleal tiembla de miedo,

"Y Pedro lo negó.,,
Como la madre al fruto de su vientre
Te ama Jesus; con él morir juraste;
¿Y ya tus juramentos olvidaste,
Discipulo traidor?

Mas otras voces á decirle tornan
"Estaba con Jesus, es galileo.,,
Pálido Pedro, cual cobarde reo,
«Perjuro lo negó.»

De una ave el canto suena tristemente,
Vuelve el amigo infiel la faz turbada,
Se encuentra de Jesus con la mirada....
Ingrato, has renegado de tu Dios.

Vedle á la luz de amarillenta luna
Del palacio en el pórtico arrogante,
Juntas las manos, puesto de rodillas,
Cual de cadáver, pálido el semblante;

Pecó contra su Dios, dolor acerbo
Como un dogal oprime su garganta,
Tristes sollozos de amargura envia
Como el anciano que perdiera al niño
Que de noche en su seno se dormia.

Vedle llorar, que mirareis mañana
Espirar entre horribles convulsiones.
Al réprobo infeliz, que temerario
Con beso de traicion sellara el rostro
De la víctima santa del calvario.

Llora sin fin; el ángel de tinieblas,
Sus alas agitó de gozo lleno,
Su diadema brilló mas encendida
Cual relámpago lívido en su frente,
Cuando negó tu labio,
De una Virgen, al hijo Omnipotente.
Las lágrimas son bálsamo divino
Con que sus llagas, Dios, al hombre cura,
Son iris apacible que conjura
De su cólera el fiero torbellino.

Ya comienza á lucir en el oriente
La triste aurora del tremendo dia
En que entre dos infames malhechores
Ha de espirar el hijo de Maria.
De espinas ceñiránle una corona,
En sus hombros pondran risible manto,
Odio mortal alentarán en tanto....
No gimas, Pedro, ya, que él te perdona.

Abril 2 de 1844.—JUAN N. NAVARRO.

CLASICISMO.

AUNQUE siempre nos ha parecido inútil y muchas veces perjudicial querer comprender todo á fuerza de definiciones, que lejos de explicar confunden, y en lugar de que simplifiquen complican, sin embargo, hemos gustado de explicaciones para entender bien las cosas; pero hay algunas que si no pueden definirse, tampoco es posible explicarlas, y esto proviene quizá de que sus autores, digo los que las clasifican, no han sabido al hacerlo marcar con exactitud sus diversas especies. Entre estas cosas se cuentan como de moda y que se hallan en bocas de todos las palabras romanticismo y clasicismo, que ni los mismos que las inventaron podrán explicar lo que comprende cada una de ellas.

Cualquiera dice á primera vista con solo dar

una rápida ojeada á una obra, sea cual fuere el autor de esta, pertenece al género romántico ó al clásico, como sucede con otras muchas cosas aunque no las podamos explicar, y si se pregunta por qué este autor es clásico ó romántico; porque la obra, se dice, del uno termina con matrimonio, y la del otro con muertes; porque en esta hay pasiones violentas que no dejan á los héroes ó heroínas reflexionar, y en aquella para ejecutar el héroe una acción, medida con calma si guarda ó no consecuencia al autor, porque en la segunda no se descubre el fin hasta que se concluye la obra, y en la primera se trasluce tan luego como se comienza á leer. Estos son los caracteres mas marcados que en nuestro concepto distinguen uno y otro

género. Véamos ahora cual de los dos es mas conforme á la naturaleza y cual aventaja al otro.

Primeramente hay que notar entre los clásicos (á) clasicistas ó clasicistas y los románticos la diferencia que parece se encuentra entre los hombres que se sujetan á reglas para escribir, y los que no guardan regla alguna. Nosotros desde luego advertimos que apenas puede concebirse cómo el entendimiento tenga que discurrir observando invariablemente ciertas leyes que deban servirle de norma, si no son únicamente las gramaticales y aun estas sacadas del uso.

Desde que comenzamos á articular sonidos claros y á nombrar las cosas somos guiados únicamente por la esperiencia, por el trato con las personas que nos rodean, y cuyas palabras aprendemos; pero no se nos marcan reglas para que espresemos nuestros conceptos, sino que formamos frases enteras segun lo que deseamos manifestar. De esta manera la práctica sola nos va perfeccionando en el idioma hasta otra edad en que á la conversacion familiar sustituimos, ó mejor dicho, acompañamos el trato con personas instruidas y la lectura de buenos, ó si se quiere tambien, de malos escritores. Cuando por una necesidad, obligados por cualquier circunstancia debemos tomar la pluma, formando previamente nuestro plan lo desenvolvemos con facilidad oyendo á nuestra imaginacion que ordenada nos va dictando los pensamientos, y las frases con que hemos de manifestarlos al escribir. De la mayor ó menor capacidad del escritor, de su imaginacion mas ó ménos viva, mas ó ménos afuente, y sobre todo, que importa mucho de su mayor ó menor dedicacion á la lectura de los buenos, ó de malos modelos de que haya hecho uso, dependerá la bondad de su composicion; pero no por eso deberá á cada frase que haya de poner, á cada pensamiento que le ocurra, buscar si está ó no conforme con tal ó cual regla, si estará ó no mejor usar acá ó allá esta ó esotra figura retórica, porque será poner á su desgraciada imaginacion en tortura, pasarse horas, ó tal vez dias enteros para articular una cláusula, que en un estilo cansado y fastidioso para los lectores, les revele la miseria del escritor.

Contra las composiciones dramáticas, lo decimos de paso, de los románticos se censura la falta de las tres unidades, critica destituida absolutamente de apoyo y que la hemos visto hacer á personas afectas á las tales composiciones. Se dice que es muy inverosímil, por ejemplo, que comience la escena en Madrid y

termine en México, que pasen diez, veinte ó mas años entre dos actos y otras cosas semejantes. En efecto, es cierta la inverosimilitud de que se acusa á estas piezas porque no puede formarse idea de que estemos en México escribiendo este artículo y al mismo tiempo nos podamos hallar en Roma ú otro parage, pero adviértase que en una composicion del gusto moderno no se supone que se ejecutan dos acciones opuestas por cualquier circunstancia en un mismo acto, lo único que se hace es que rápidamente se muden las escenas y que en menos de un minuto si se quiere se casen los que apenas acaban de nacer, pero esto nada tiene de particular puesto que el que asiste á la representacion reflexiona que han transcurrido tantos años cuantos plugo al autor suponer que transcurrieran. La representacion dramática para el espectador es una ficcion, el se supone ó se le hace suponer que está en una calle de Paris, de Madrid, de Londres en tiempo de Luis XI, de Margarita de Borgoña ó en cualquier otro lugar, en cualquiera otra época y no está sino en México, y como se le violenta para trasportarlo al lugar de la escena, y contra esto no se encuentran obstáculos ni inconveniente de ningun género, de la misma manera juzgamos que se verifica en las composiciones modernas: allá se pasa del lugar donde se encuentra al lugar donde se supone la escena: en el primer caso se muda uno á una época muy atrasada, y en este á diversas, regularmente entre unos mismos personajes.

Volviendo á nuestro asunto, del que juzgamos que nos hemos separado algo, hemos visto personas de gran capacidad demorarse en una composicion mucho tiempo, porque no se atreven á escribir un pensamiento sin haberle ido acomodando una por una las reglas de literatura y examinando tambien uno por uno todos los defectos de que pudiera adolecer, de que resulta naturalmente una composicion cansada. El mayor mérito que ha tenido la obra inimitable de Cervantes, y el modelo en idioma D. Quijote, es sin duda que para escribirla solo consultó á lo que le dictaba su imaginacion; y lo incorrecta que se halla, prueba el poco cuidado con que fué escrita.

Lo mas doloroso y sensible es, que parte de nuestra juventud se encuentre alucinada con tales ideas, y tanto, que apenas, lo hemos visto, apenas se anuncia la apertura de una cátedra de bellas letras adoptándose, por supuesto, por autor á D. José Gomez Hermosilla (servil bajo todos aspectos aunque no podamos negarle

que es buen hablista,) y los jóvenes todos acuden con ansia á la cátedra, y creen que entrando á ella son ya unos literatos perfectos, sin hacer caso de la lectura de buenos modelos porque se cansan de leer, como si las bellas letras se aprendieran con solo oír las reglas del arte de hablar bien en prosa y verso. Agréguese á esto la inconstancia; que pasados pocos días, desconfían de adquirir los conocimientos que se prometían de concurrir á la cátedra, en la cual ningún fruto sacaban porque con las reglas esperaban formarse.

Recordamos á este propósito haber visto preparar en cierto parage de la república los actos de bella literatura, dando unos apuntes, á los sustentantes, pormenorizados del análisis de las obras que debían examinar en sus actos, y también tenemos presente habernos dicho con énfasis uno de aquellos jóvenes, que no le prestaba ya ninguna diversion el teatro, porque solo estaba atento aun sin pensarlo á los defectos de la pieza que se representaba.

Nadie duda de la importancia ó casi extrema necesidad de dedicarse á la lectura para los adelantamientos en las bellas letras por lo que reputamos redundante el inculcar este estudio, pero lo que si ponemos en duda ó no admitimos, es la necesidad de estudiar reglas, nosotros convenimos desde luego en la precision de las gramaticales, y apetece de buena gana que concluido un escrito se examine cuidadosamente por ver si está en un buen castellano ó disuena de algun modo al oído, y hé

aquí la única regla que nosotros damos del buen gusto. Por lo demás nada aprovecha aprender nombres de figuras retóricas que solo sirven para formar pedantes, sin darles por esto genio, y si de algo aprovecha, es solo saber que en esto ó en aquello se ha cometido tal ó cual figura que tiene ese ó esotro nombre griego. Tampoco podrá condenarse el estilo libre, llamamos así al de los románticos, por tal cual escritorzuelo que no deja también de forzar su imaginación para describir esta ó aquella situación; al fin no hallando como expresarse, porque no halla pensamiento, nos hace creer, ó quiere que creamos que un hombre en el despecho de una pasión violenta, abriendo su pecho intenta darse muerte y... y cansado se resigna á pasar la vida hasta que á Dios le plega quitársela. No por estos deben juzgarse los hombres del gusto moderno, sino por la naturalidad de las acciones de sus héroes, pues es conforme á la naturaleza que un hombre cegado por una pasión violenta que no reprime, se exceda en cometer grandes crímenes y se precipite en la desgracia, mas bien que no como obra pura de la casualidad, que el hombre sereno en medio del dolor guiado por la irresistible mano del destino, venga á unirse con la muger que conoció por un acaso, que por un acaso trató, que por un acaso también amó.

CARLOS M. SAAVEDRA.

ANACRONISMOS.

En este siglo de movimiento y de progreso en que todo camina velozmente hácia adelante, en que en las ciencias y en las artes se han hecho y se hacen todos los días famosos descubrimientos, invenciones nuevas que parecen fueron reservándose desde los primeros días del mundo para los hombres de nuestro siglo, para nosotros en este siglo de adelantamientos, y en que la modestia se deja á un lado como importuna, y el descaro se presenta por todas partes, en que la imprenta especialmente ha recibido un fuerte impulso, ha sido elevada á

un grado superior sin duda al que tenía á fines del siglo XVIII, de todos lados descuellan escritores mas ó menos grandes, que con el espíritu de la época, superficiales los mas, poco aprecio hacen de lo útil, y mucho menos de lo necesario. Quizá nosotros al escribir esto, incurrimos en el mismo vicio que quisieramos corregir, mas no dejamos por eso de lamentarnos de escritores que se lanzan en la carrera de tales, porque juzgan, como cierto señor de categoría á quien nos abstenemos de nombrar, que basta para formar un buen escritor una

pluma bien cortada y buena clase de papel, á lo que podríamos añadir, y saber pintar la letra, porque lo demás, déjemelo su merced á mí, que todo es tortas y pan pintado.

Escritores pues, hay que sin conocer la historia de un país, escriben de ella con la misma confianza que un herrero trabaja una llave, por ejemplo. No saben que escribiendo lo que se les viene á las mientes, sin plan, sin orden, sin método de ninguna clase, y dejándose llevar de su imaginación por donde mas place á ella conducirlos, pervierten el gusto mas que los autores románticos á quienes censuran porque no pueden imitar, porque no tienen ese genio creador de que la naturaleza los ha dotado. Aunque estamos para nosotros, y lo decimos para descargo de nuestra conciencia puesto que gustamos mas de leer á los tales románticos, que las obras de esotros que llamamos clásicos, ó mejor, clasicistas ó clasicistas que todo es uno, que ponen en tortura los pobres entendimientos, haciéndoles desechar ideas, tal vez bellísimas por querer seguir las reglas de un arte que no existe, decimos, pues, que aun los románticos si no guardan reglas, forman por lo ménos plan y observan orden, y cuando escriben hechos á fé que los refieren como pasaron y no como debieron ser, ó mejor, cuentan lo que saben que sucedió, y no lo que juzgan probable que fué. Pero ya nos ocuparemos otra ocasión mas detenidamente en (otros dirían de, pero á nuestro entender, en castellano no tiene este régimen el verbo ocupar,) los románticos y en los clásicos, y por ahora siguiendo nuestro tema, volvemos á decir que el escritor que escribe caprichosamente, corrompe el gusto y hace á sus lectores tan superficiales como él, y quizá mas.

Donde debe sobre todo ponerse mucho esmero, es en la historia, por que apenas habrá cosa tan sujeta á duda como ella, y el que la escribe ya que no tenga ni conserve el carácter de imparcialidad que debería guardar, á lo ménos que no la haga mas fabulosa de lo que es en sí.

A este intento nos ocurre haber oído, ó si se quiere, serán invenciones nuestras, que allá en tiempos remotos, anteriores al diluvio y muy próximos á la creación del hombre, despues de esta, eso sí, existían dos naciones poderosas rivales, la Francia y Atenas, (si no mienten los geroglíficos descubiertos por Cain despues de la inundación universal en las ruinas, de la primera), cuyas dos potencias eran gobernadas aquella por formas republicanas por Pedro el Grande su Czar, ó presidente, que todo es lo mismo, y Atenas la monarquía mas despótica

que se ha conocido, tenía á su cabeza por gefe á Wasingthon. De estas naciones escribe Moises que confinando la una con la otra, se tenían declarada una guerra atroz, que habia durado como veinte años, cuando el emperador Moteuhzoma Iluicamina de Austria, unido al rey de Egipto, Newton mandó un poderoso ejército á las órdenes de Voltaire, general mahometano, y de Josué, cristiano de religion. Todas las naciones tomaron un empeño decidido en hacer cesar esta contienda, y Dido emperatriz á la sazón del Brasil, invitó á Federico II rey del grande Mogol, para que aliado con Robespierre, senador romano, y con Julio César y Neron, ambos cónsules en la república francesa y miembros de la convencion, levantara grandes ejércitos y terminara aquellas diferencias tan ruidosas.

Mehemet-Ali, escritor de aquellos tiempos, no refiere estos hechos, pero se encuentran en las crónicas de los Bellemitas que escribió Tito Livio, impresas en las ciudades de Pintápolis poco tiempo antes de su incendio, y que se pudieron sacar ilesas de las llamas, gracias á las fervientes súplicas que al precursor de Jesucristo dirigió el joven Japhet hijo de Noe, y á las misas que por mandato de David, presidente entónces de la academia de ciencias en Paris, celebró Aaron.

Marco Antonio, Czar de Rusia, abrió negociaciones diplomáticas, nombrando su ministro plenipotenciario á D. Miguel Santa Maria, y de esta manera concluyó aquella guerra que tantos destrozos hubiera causado, retirándose los aztecas con todo su tren de artillería á su país gobernado por Felipe el Hermoso, á quien dijo el profeta Samuel.

Hasta aquí de historia fabulosa, estamos seguros de que sobre poco mas ó ménos todos los hechos que en general se nos refieren si no son de esta naturaleza, no difieren mucho. A excepcion de la Sagrada Escritura, atendiendo solo á la razon, convendremos en que nada en efecto está tan sujeto á dudas. Por que si suponemos al historiador contemporáneo, le falta desde luego la imparcialidad, pues es muy natural que le afecten las circunstancias de su época y ha de procurar engrandecer á las personas de su partido y lo contrario hará con las de los opuestos. Lo único que de los contemporáneos puede sacarse, es conjeturas fundadas en reglas de una sana crítica, y con todo, tales conjeturas quizá tampoco son muy exactas, pues no puede el lector dejar de afectarse y de tomar interés por algun personage determinado. Aun hay mas, que debe suponerse al es-

critor muy al cabo de todo lo que pasa y desde luego es su fe muy incierta. Pongámonos en el caso de que vamos á formar la historia actual de nuestro país, y para hacerlo con buenos datos procurariamos recogerlo de las autoridades, la proteccion que estas nos dispensarian nos inclinaria en su favor, y he aquí la falta de imparcialidad. Pero con todo, admitamos que fuésemos imparciales, y no por esto dejarán de alterarse en gran manera los hechos, pues que ni en los documentos oficiales se encuentra intacta la verdad: se queja un vecino de falta de buena policia, el gefe de esta espone que se tiene la mayor vigilancia: se queja otro de que no se le administra justicia, el tribunal contesta que no ha demorado ninguna causa; no hagamos mencion de los partes militares, pues siempre cada fuerza beligerante triunfa de su contraria: cada una de ellas tiene pocos muertos y heridos, y la otra ha dejado el campo de batalla cubierto de cadáveres y ha echado á huir.

Esto es lo que podemos sacar de los contemporáneos únicos testigos fidedignos de los hechos que refieren; pero ya que la historia es oscura y que poco se encuentra en ello cierto, no debemos hacerla mas fabulosa ni suponer ó desfigurar los hechos de modo que de luego á luego nos desmientan. Para escribir, especialmente historia, se necesita un sumo cuidado: á la posteridad sí, la podemos engañar, y descubriendo nuestro fraude, su fallo no nos perjudicará puesto que ya habremos dejado de existir; pero mientras vivamos, si tenemos siquiera deseo de que nuestras producciones se lean con fruto y con gusto, no demos lugar á ser censurados con justicia y que se nos haga ra-borizar si el fallo de la posteridad alcanza solo á nuestro nombre, el de nuestra edad alcanza á nuestras mismas personas.

C. M. SAAVEDRA.

REMITIDOS.

LETRILLA.

¿A qué se reduce en suma
Lo que aquí escribiendo estoy?
A que compré plumas hoy
Y estoy probando una pluma.

QUE le diga D. José
A Guadalupita hermosa,
Te quiero y serás mi esposa;
Y aunque el viejo no te de
Ni tu dote ni otra cosa
Con tu amor me ire á una Aldea,
Para el tonto que lo crea.

Que me diga un jugador,
Présteme V. D. Julian,
Que segun las cartas van
Me hago del monte señor,
Y mañana le doy doble
Por lo que hoy me franquea,
Para el tonto que lo crea,

Que al ver ese pié divino,
Y tu talle delicado.

Y tu dominó ajustado
Y tu mirar peregrino,
Me respondas con desden,
"Te engañaste soy muy fea,"
Para el tonto que te crea.

Que un crítico literato
Venga á contarnos mil bolas
Y á decir que en mil trescientos
Se usaban ya las pistolas;
—¡Pistolas! ja... ja... que rato;
—Mírelo aquí impreso... lea.
—Para el tonto que lo crea.

Que me nieguen que es peluca
Lo que lleva Doña Inés,
Y el mirriñaque, y los dientes

Que todo postizo es;
Y que por de veinte pase
La que al hablar ya chochea,
Para el tonto que la crea.

Que me diga á mi Manuel
Que nunca quiso á Panchita
Cuando es ella tan bonita
Y tan calavera él,
Y que bailando los dos
El no esté echo una jalea.
Para el tonto que lo crea.

Que me diga un vejstorio,
Por la virgen Doña Juana
No vaya V. una noche
Al teatro de Santa-Anna,
Se cae; no vaya V.,
Pues dicen que se menea;
Para el tonto que lo crea.

Que con sueldo tan escaso
Ponga un coche un empleado,
Y su muger gaste lujo,
Y el nunca vaya á su lado,
Y que tanta seda y blonda
Solo del empleo sea,
Para el tonto que lo crea.

Que los que mil saltos daban
Y manotadas y gritos
En el baile de Vergara,
No estaban ya fosforitos,
No.... nada.... si no bebimos,
Es alegría.... Marea,
Para el tonto que te crea.

Por que es V. marchantica
(Me dice ayer José)
Le daré el gros, Lucianica,
Pierdo dinero, crea V.
Pero á nadie se lo diga,
Solo á V..... por que V. vea;
Para el tonto que te crea.

¡Ay! cuando veas lector
Tanto disparate escrito
Cual levantarás el grito
Contra tan mal rimador
Y maldecirás mi musa
¿No es verdad? Sea cual sea,
O dirás con compasion....
No es mala composicion....
Para el tonto que te crea.

UNA MEXICANA.

ALGO SOBRE TEATROS.

Que el teatro es una escuela de costumbres, y un termómetro para calcular el grado de civilizacion de las naciones, así como que por su utilidad no debe descuidarlo un gobierno ilustrado, es una verdad tan firmemente asentada, que ya hoy ha llegado á ser principio, despues que tantos sabios de la mas alta reputacion han ocupádose en esta materia, tratándola con una critica algo juiciosa, y desapasionada, con erudicion y con maestria. En consecuencia seria un arrojio, un atrevimiento y una pedanteria pretender siquiera añadir algo á lo que esos hombres han escrito.

Sus luminosas obras nos refieren la atencion

con que los pueblos civilizados han cultivado el drama, y nos hacen entender que esta parte de la literatura, no solamente en nada cede á las demas, sino que por el contrario, las hermo-sea, y que hasta cierto punto puede reputarse como el mas alto grado á que pueden llegar los hombres de ingenio, asemejándose al sol, que no ilumina únicamente á esta ó á la otra familia de la gran sociedad. Un buen escritor dramático, en mi opinion, deberá ponerse en igual linea que el médico: este cura y sana las partes fisicas de nuestro cuerpo: aquel deleita al mismo tiempo que corrije los defectos que corrompen y degradan la especie humana, y que aver-